

Fué el príncipe de Orange quien con no poco trabajo logró convencer á su padre de lo expuesto que era fiar en Inglaterra, que acababa de reconocer la situación política creada en Francia por la Revolución, y como se ofreciera ir solo á Bruselas á restablecer la autoridad real, le dejó hacer; pero sin darle poderes de ninguna clase. El príncipe iba, pues, á jugarse su popularidad muy tontamente, pues no pudiendo dar ni prometer nada, la revolución no había de desarmar á causa de las simpatías que por el príncipe tuviera el pueblo belga. Más aún, el príncipe de Orange hubiera cuando menos debido imponer una actitud conforme á su intervención pacífica, y no que se enviara á su hermano menor Federico para juntar tropas, y menos todavía que se convocara ilegalmente para La Haya,—13 de Setiembre,—al Parlamento, que, con arreglo á la Constitución, había de reunirse en Octubre en Bruselas.

¿Cómo habían de recibir los bruseleses á su príncipe, si sabían que bien que éste avanzaba solo, dejaba en Amberes á su hermano al frente de un cuerpo de tropas? ¿Cuándo se sabía que se había nombrado al general Chassé, para que tomara toda clase de medidas militares, incluso la organización de los odiosos consejos de guerra?

Más aún, el príncipe de Orange que había salido de La Haya para representar el papel de héroe, al llegar á Vilvoorden, á dos leguas de Bruselas, sintió desfallecer su ánimo ante la actitud del país, quiso sentirse apoyado por su hermano, lo que era hacer de su misión pacífica una misión militar, y llamó á dicho pueblo á Hoogvorst para conferenciar. Este acudió á su llamamiento, solo primero, pero luego le acompañó el viejo Rouppe que había sido alcalde de Bruselas en tiempo de Napoleon, y que se atrevió á presentarse con los colores nacionales belgas en el hojal de su levita.

El príncipe de Orange quería ahora entrar en Bruselas al frente de las tropas de su hermano, y aun exigía que antes de entrar se hubiesen repuesto los escudos reales en los sitios de donde se habían quitado.—Esto era temerario, porque ante la actitud resuelta de los bruseleses no cabían discusiones: ó combatir ó ceder del mejor modo posible. Hoogvorst y Rouppe hicieron entender al príncipe que era imposible lo que reclamaba, y que lo único práctico era que él, sin tropas y sin exigencias, entrara en la capital. Pero el príncipe, á quien por el camino se le había convertido á las ideas autoritarias, se empeñó en entrar al frente de sus tropas en Bruselas, debiendo preceder á su entrada el resta-

blecimiento de las armas reales de los Orange y su bandera.

Cuando los bruseleses se enteraron de las exigencias del príncipe, con una unanimidad que nadie hubiera podido imaginarse, salieron á la calle pidiendo armas para defenderse, trabajando ya desde aquel preciso momento hombres y mujeres en erizar de barricadas la capital. A media noche, más de cincuenta grandes barricadas cerraban las principales plazas y calles de la capital.

Ante tan unánime y enérgica actitud, no hubo más remedio que partir de nuevo para Vilvoorden, para declarar á los príncipes, que recibieron á la comisión con imponente aparato militar, que los bruseleses no aceptaban las condiciones que se les habían impuesto. Durante largo tiempo todo fueron recriminaciones y amenazas; pero firme la actitud de los representantes de Bruselas, fué el príncipe quien buscó una avenencia, pidiendo que se enarbolasen los colores de la casa de Orange al lado de los brabanzones, y que la Guardia nacional hiciera lo mismo poniendo juntas las dos escarapelas.

Así convenidos regresaron los comisionados del pueblo bruselés, esperanzados en la idea de que el orden no se turbaría; pero hé aquí que al día siguiente, 1.º de Setiembre, día fijado para la entrada del príncipe, se presenta un ayudante suyo con orden de hacer saber que el príncipe no entraría en la capital si antes no desaparecían los colores rebeldes.

Había, pues, durante la noche, el partido militar impuesto sus intransigencias al príncipe, y se reanudaba una querrela que había de terminar forzosamente, dados sus términos, con la humillación de unos ó de otros; porque en vista de la orden del príncipe, el pueblo bruselés resolvió también no llevar más colores que los brabanzones.

La humillación no se hizo esperar, pues el príncipe, comprendiendo á dónde le había llevado la intransigencia de su hermano, resolvió presentarse en Bruselas solo con su Estado mayor y sin exigencia de ninguna clase.

Triste y vergonzosa fué su entrada. La carrera estaba tendida por la Guardia nacional, que no le permitió que fuera á reunirse con las tropas holandesas de la guarnición de Bruselas amasadas en la plaza Real. Ni un solo grito simpático para él llegó á sus oídos. Se le llevó casi prisionero á las Casas Consistoriales, como para que reconociera el nuevo poder que el pueblo había allí constituido, y de la misma manera tuvo que pasar á su palacio, sin que ni un momento cesaran los gritos de «¡Viva la libertad! ¡Abajo van Maanen!»

Si en los primeros momentos el príncipe, no pudiendo contener su indignación, se entregó á las recriminaciones, luego, recordando para qué había ido á Bruselas, se apresuró á dar una proclama anunciando que no entrarían más tropas en la ciudad, creando á la vez una comisión para que estudiara los medios conducentes á restablecer la concordia, y en prueba de sus buenos deseos y de la confianza que tenía en el pueblo bruselés, se presentó solo en las calles, y en su palacio recibió á todo el mundo con la mayor afabilidad y cortesía.

Todo se presentaba favorablemente para la concordia; pero hé aquí que llegó al caer la noche del 2 de Setiembre la Comisión de notables que pasó á La Haya, y aun cuando se esforzó ésta en suavizar la actitud del rey y de sus ministros, el pueblo bruselés comprendió que nada podía esperar de la corte y se lanzó á la calle para arrancar y quemar las proclamas del príncipe, y Hoogvorst tuvo que emplear toda su popularidad para impedir que la airada multitud no asaltara el palacio real.

¿Qué iba ahora á hacer el príncipe, cuyos poderes no iban más allá de pacificar la capital de Bélgica con sus buenas gracias?

Gendebien le dijo de buenas á primeras que lo que él debía hacer era asegurarse la corona de Bélgica, puesto que el pueblo quería la absoluta independencia de los pueblos del Sud. El príncipe se negó á hacer traición á su padre, y á la vez se resistió á creer que tales fuesen los deseos del pueblo. Para enterarse y para enterarle se reunieron entonces con él los notables, el Estado mayor de la guardia nacional, la Comisión encargada de estudiar los medios para la pacificación y los diputados belgas. Todos á una le dijeron que lo que quería Bélgica era el mismo estado de cosas existente en Suecia, entre Suecia y Noruega; en Austria, entre Austria y Hungría. Es decir, la unión de Holanda y Bélgica por medio de una dinastía común, pero nada más.

Objetó el príncipe que esto no era posible, porque los tratados que habían creado los Países-Bajos lo impedían; pero á esto contestaban los reunidos que la voluntad del pueblo era superior á la de los tratados. En tan grande apuro, ya no pudo pensar el príncipe de Orange más que en salir de Bruselas como pudiera, puesto que nada podía prometer, y con el pretexto de ir á exponer á su padre los deseos de los belgas, se marchó de la capital llevándose la guarnición holandesa, haciendo antes jurar á los belgas su fidelidad á la dinastía.

Con esta prueba de la fidelidad de los belgas para los Oranges, podía el príncipe esperar que el rey su

padre, fuera menos intransigente; pero el rey Guillermo era muy terco, y á pesar de haberle declarado Wellington y el rey Jorge, que á los ingleses les era indiferente que conservara ó no su corona de Bélgica, Guillermo se empeñó en resistir toda concesión en nombre de los tratados que habían creado los Países-Bajos. Negóse á hacer, pues, toda concesión, ó mejor, dejólo todo para los Estados generales, que era lo mismo que dar largas al asunto.

Urgía, sin embargo, la resolución de este asunto, que envenenaba la prensa de uno y otro país. La holandesa trataba á los belgas de rebeldes, á quienes era necesario reprimir y castigar; y la belga contestaba diciendo que hasta morir resistirían á la tiranía holandesa. Hacíase, pues, por momentos la cuestión nacional, y ya en Bélgica no se hablaba más que de defender la patria contra el extranjero, y excitado de esta manera el sentimiento público, de todas las ciudades salían, para ir á defender á Bruselas, los más ardientes patriotas, respondiendo así á las compañías de voluntarios holandeses que se habían formado para ir á sujetar á los rebeldes belgas.

Fueron los de Wavres los primeros en acudir á Bruselas. A estos siguieron los de Lieja, guiados por Rogier, que llevaban dos cañones, habiéndose en el camino engrosado con la gente de Jodoigne y Jemmapes. A estos elementos entusiastas, vinieron á poco á unírseles los militares belgas que desertaban del ejército holandés, de modo que poco á poco se iba formando en Bruselas un núcleo de resistencia capaz de obrar con energía si encontraba una buena dirección, porque los burgueses belgas demostraban con su actitud, que no querían llegar al último extremo y si procurar un acomodamiento, aun cuando hubieran de ceder algo en sus pretensiones.

Constituían el centro impulsivo revolucionario, los liejeses Rogier y los dos hermanos Bayet, secundados por los extranjeros Niellon y van Halen, emigrado español de origen flamenco; pero principalmente era Pletinckx quien lo impulsaba todo incluso el *Club belga* de aquellos.

Estos elementos sabiendo á lo que iban, lo cual no sucedía á los elementos moderados puestos por la fuerza de las cosas al frente del movimiento, no tuvieron que desplegar grande habilidad para vencer á las autoridades de hecho de Bruselas, de la necesidad de dar forma al gobierno que ejercían y que, por consiguiente, debían organizarse en gobierno provisional. Como la usurpación de autoridad era evidente, y lo que se les proponía no era más que un medio de legitimación, cayeron los mo-



derados en la red que se les tendió, y se organizaron en gobierno provisional, componiéndose éste de representantes del municipio, Weyer y Gendebien, de la burguesía Mens y Rouppe, y de la aristocracia, á la cual se dió una representación total igual á las otras representaciones reunidas, figurando entre los designados Félix Merode, que se había hecho francés, y que era el jefe del partido católico y en verdad era hombre de acción.

Como al delegar su representación el municipio impuso como condición de que el nuevo gobierno no debía salirse para nada de las vías legales, los representantes de la aristocracia se las echaron de



ROBERTO PEEL

clases en medio de un tumulto armado, hacía temer á todos que el pueblo, considerándose burlado y vendido por las clases superiores, no se encargara de la dirección del movimiento, haciendo pagar cara á los que desertaban de la causa de la bandera brabantona, su falta de patriotismo. Este temor en donde más se sentía, era en las esferas gubernamentales, en donde se llevaba nota de la gente de posición que abandonaba á Bruselas, y en donde se sabía de un lado lo que Potter y sus amigos hacían para empujar en Bruselas el movimiento revolucionario y lo que hacían los revolucionarios dentro Bruselas mismo. Fue en este momento mismo cuando los miembros del gobierno provisional, que estaban en funciones, se dieron cuenta de su falta de autoridad y de prestigio y de no tener ninguna de las condiciones necesarias para encabezar una revolución. Deseando, pues, cubrirse, idearon convocar para el 15 de Setiembre, una reunión de representantes del pueblo de Bruselas, para hacerles votar

bravucones, diciendo que con tal limitación no podían formar parte de un gobierno reducido de antemano á la impotencia y en su consecuencia dimitiesen el príncipe de Ligne, el barón Secus, el duque de Ursel, etc.; pero su ardiente patriotismo quedó descubierto, porque en vista de esta actitud de los grandes representantes de las clases conservadoras, el Consejo municipal retiró dicha restricción, pero los representantes de la nobleza no retiraron sus dimisiones.

Reducido á una mitad el número de los miembros del gobierno, demostrado que la aristocracia quería estar alejada del movimiento, la división de

un mensaje que debía llevarse á La Haya, dirigido á los diputados belgas, quienes, por su parte, se habían presentado en el Parlamento, después de decir solemnemente que no asistirían, protestando de todo cuanto se había hecho en Bruselas para el sostenimiento del orden. A esto es á todo lo que se atrevió el gobierno provisional, á pesar de su título revolucionario de *Comité de Salvación pública*.

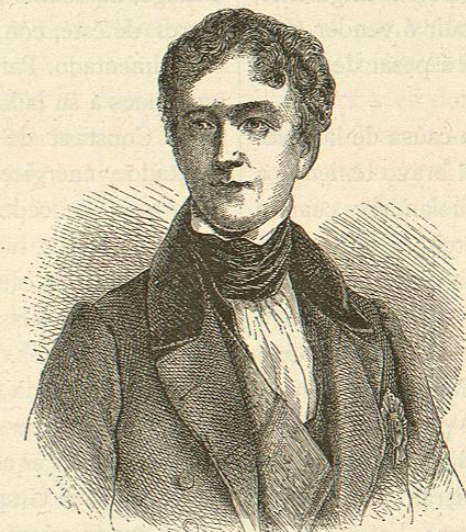
Cuando Nicolay y Vleminckx llegaron á La Haya, portadores del mensaje dicho, los diputados quedaron aterrados, incluso el mismo Gerlache, que se había atrevido á decir que se resistiría á la fuerza por la fuerza, y sólo cinco diputados se atrevieron á reunirse para oírlos ó mejor para aconsejarles que se marcharan inmediatamente de La Haya, pues si el pueblo sabía que estaban allí les harían mal tercio, pues en efecto, la irritación popular contra Bélgica era intensísima en toda Holanda, conviniendo todos en no dar por presentado el inofensivo mensaje del Comité de Salvación pública.

Reinaba, pues, la pusilanimidad en todas partes y era ya hora ó bien que se encargaran del gobierno manos más enérgicas, ó que el gobierno se presentara á la altura de las circunstancias. Inminente el choque entre los que gobernaban sin merecerlo, y los que deseaban ser gobernados por manos enérgicas, el menor pretexto lo había de producir.

Ya hemos dicho como en el Club belga se habían concentrado los elementos genuinamente revolucionarios, y fué por instigaciones del club que salieron de Bruselas los liejeses para practicar un reconocimiento fuera de la capital, para saber las posiciones que había tomado el príncipe Federico. Saber esto

el gobierno provisional, denunciarlo, declarar que era llegado el momento de dar una pública satisfacción al príncipe Federico y de reprimir la indisciplina popular, todo fué obra de un momento; tan gravemente se vieron comprometidos por aquel acto los miembros del Comité de Salvación pública.

A esta cobarde actitud contestó el pueblo bruseles echándose á la calle pidiendo armas para defenderse por sí propio,—19 de Setiembre.—la agitación continuó creciendo al día siguiente á pesar de haberse hecho un reparto de fusiles, y las barricadas reaparecieron por todas partes. La Guardia na-



CONDE DE DURHAM

cional por simpatía ó por pusilanimidad se dejaba desarmar en todas partes, de modo que no terminó el día sin que sus fusiles y espadas hubieran pasado á las manos del pueblo.

Desde este momento el Comité de Salvación pública quedó disuelto fugándose sus miembros. Gendebien y Weyer se marcharon á Valenciennes, Félix de Merode no paró hasta pasar la frontera. Rogier, viendo como abandonaban el movimiento los hombres que hasta aquí lo habían dirigido, se asustó y regresó con su gente á Lieja.

Hasta tal punto estas deserciones acreditaron la idea de que había todo fracasado, que espontáneamente salían de Bruselas para el cuartel general del príncipe Federico comisiones de notables bruseleses á implorar de él el perdón, la amnistía del pueblo bruseles. Estas comisiones llegaron nada menos que hasta La Haya, esto cuando el rey Guillermo se servía del secretario de la legación inglesa,—los ingleses siempre juegan con dobles barajas,—para

averiguar qué clase de resistencia podrían encontrar sus tropas en Bruselas. Cartwright, naturalmente, en vista de la completa desorganización del movimiento le dijo al rey que la resistencia sería nula, y esto creían todos los hombres de carácter de Bruselas, porque en Bélgica no se tenía conocimiento alguno de lo que son las energías populares. En su consecuencia se dió orden al príncipe Federico de que se dispusiera para entrar en Bruselas, y éste dió una proclama,—21 de Setiembre,—anunciándolo; pero cometiendo la torpeza de decir que del perdón general que concedía, sólo quedaban excluidos los jefes de la revolución.

Amenazas y reservas de esta clase en los albores de un movimiento popular como el que acababa de iniciarse en Bruselas con el desarme de la guardia cívica, no dejan de producir su efecto, pues, para los que sólo se han dejado llevar de un impulso de su sangre y no de su convicción las armas caen de la mano al comprender la responsabilidad en que